

**Amantes, amentes...: Leyendo la poesía de Julio
Aumente**

Federico Bravo

► **To cite this version:**

Federico Bravo. Amantes, amentes...: Leyendo la poesía de Julio Aumente. *Littéralité 6. Écritures du corps masculin: poésie espagnole contemporaine*, 2008. halshs-02090350

HAL Id: halshs-02090350

<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-02090350>

Submitted on 4 Apr 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Amantes, amantes...: **Leyendo la poesía de Julio Aumente**

El 29 de julio de 2006, a los 84 años, fallecía en su ciudad natal uno de los fundadores y miembros referenciales del grupo *Cántico*, el poeta cordobés Julio Aumente. Pese a no ser un gran conocedor de su obra, aunque eso sí lector asiduo y entusiasta de su poesía, he optado, aprovechando la participación en este coloquio de personalidades que conocieron bien al poeta, por rendirle aquí un pequeño tributo, movido no sólo por el tema del coloquio con que tan bien entronca la obra de Julio Aumente (celebración jubilosa cuando no resueltamente orgiástica del cuerpo masculino), sino también por la escasez de homenajes que se le han tributado debido —quiero creer— a lo reciente de su desaparición y no al olvido o, lo que sería peor, al desconocimiento de su obra o, por estrechez de miras, a lo atrevido de su poesía. Mi propósito no será, pues, y lo digo de entrada para disipar falsas expectativas y prevenir decepciones, someter a estudio filológico la poesía de Aumente con vistas a engrosar la hasta hoy sucinta por no decir escuálida bibliografía crítica sobre el autor. Mucho más modestamente, me ceñiré a apuntar, sin ánimo exhaustivo, algunos rasgos de su escritura, aunque la deformación profesional me lleve a hacer alguna incursión por los senderos de la onomástica y de la analogía lingüística. Me conformaré, pues, con recordar y, espero también, dar ganas de leerla o releerla, la poesía de Julio Aumente: que los que ya sabían de ella —que no descubrirán nada nuevo escuchándome— se lo tomen, pues, al año de su fallecimiento —como ya he dicho— como un sencillo homenaje rendido a la figura del poeta cordobés.

Licenciado en derecho, profesión que ejerció en Córdoba, perito tasador de arte y antigüedades de renombre, experto en genealogía y heráldica de reconocido talento, Julio Aumente fue, como en alguna parte ha escrito Luis Antonio de Villena, «sabio esnob que [con el tiempo] dejó de serlo» (esnob, que no sabio, como demuestra la versatilidad de este poeta anticuario, abogado, perito judicial y genealogista). Sus comienzos están vinculados con la revista cordobesa *Cántico* que cofundó en 1947 y en la que junto a Pablo García Baena, Ricardo Molina, Juan Bernier y Mario López colaboró durante más de diez años. Huelga subrayar la importancia de esta revista¹ que, como se recordará, fue la primera en rendir homenaje al entonces exiliado Luis Cernuda. Once son los poemarios escritos por Julio Aumente, todos ellos reunidos hoy bajo el título de *Poesía completa* en un volumen publicado por Visor en 2004², volumen que incluye además, bajo el epígrafe «Otros poemas», una colección de 43 poemas de procedencia diversa. A sus dos primeros libros, *El aire que no vuelve* de 1955, título significativamente tomado de un verso del poema *Dans ma péniche* de Luis Cernuda, y *Los silencios* de 1958, poemario de título premonitorio, se añaden los poemas reunidos en otros dos libros, *Por la pendiente oscura* y *De los príncipes* que, aunque

¹ Agradezco a Claude Le Bigot la información que tuvo a bien comunicarme durante el coloquio sobre otra revista poética, ulterior esta, en torno a la cual fraguó otra generación de poetas de clara filiación cernudiana, la revista *Claraboya*, y remito al lector interesado al estudio —cuya referencia debo igualmente a Claude Le Bigot— de Juan José Lanz, *La revista Claraboya (1963-1968). Un episodio fundamental en la renovación poética de los años sesenta*, Madrid, UNED, 2005.

² Citamos por esta edición.

publicados en 1982 y 1990, respectivamente, recogen la poesía de aquella lejana época anterior a 1965. Más de quince años de recalcitrante silencio mediarán entre este momento y el renacer poético de Julio Aumente allá por los años ochenta con la publicación en 1983 del que la crítica ha venido considerando como su libro más acabado, *La antesala*, obra no sólo prologada sino también suscitada y promovida por Luis Antonio de Villena, a quien Julio Aumente ya había hecho un guiño tomando prestada del final de uno de sus cuentos, el titulado «Desvarío», la frase que daría título a su libro ya mencionado *Por la pendiente oscura*. Suele achacarse el silencio de Aumente —y el de su generación poética³— al despreocupado esteticismo de una escritura a la vez sensual, exquisita, aristocrática y barroquizante, en unos años en que toda empresa poética que no revistiera tintes sociales parecía abocada al fracaso. Y es que aquel mundo de lujo y artificio se avenía mal con los ideales de la por entonces pujante poesía social. Mucho más trivial y divertida es la explicación que parece dar el propio Aumente en un poema de *La antesala*. Si estuvo más de dieciséis años sin coger la pluma tal vez fue porque, según confiesa en «Razón de no escribir», él escribe para lectores jóvenes y apuestos, pero, para desgracia suya —y esa será su tragedia, ése su terrible drama—, sólo lo leen poetas viejos y feos:

Si algún día me leyeren, melancólico,
adolescente pálido o límpida doncella,
ante el ventanal que da sobre el torrente,
contemplando el agónico sol entre las nubes;

si algún día, alguien hermoso, joven o soñador
me dirigiese la palabra en virtud de un poema admirado,
yo escribiría quizá para ese delicioso auditorio
y dejaría mi mano deslizarse sobre el teclado del sugerente verbo.

.....
Mas, quiénes son aquéllos a los que mis palabras pueden llegar,
solamente poetas; seres pobres, raídos, hispídos o barbudos,
oscuros y casposos,
petulantes e hinchados de su excluyente vanagloria.

Se aprecian ya aquí dos rasgos dominantes de la escritura de Aumente: el carácter narrativo de algunas de sus composiciones y el contraste entre cierto preciosismo lingüístico⁴ y un no

³ De la que Luis Antonio de Villena acaba de publicar una antología con un estudio introductorio (*El fervor y la melancolía. Los poetas de «Cántico» y su trayectoria*, Fundación José Manuel Lara, 2007).

⁴ Preciosismo lingüístico que encarna como ninguno el poema auto-referencial que lleva por título «Coágulo», sucesión de eufónicas palabras «cuajando» en los versos:

Bellas palabras, trombo, granate viajero,
ecos por la sangre, carbunco, crepúsculo;
balaje errante, derisible en el túnel venoso,
ir o volver, circular en torrente rojizo.

Gotas densas, unidas, espesas, iridiscentes,
golpear carmesí, caminos declina o escoge en curva dulce,
nunc flebo, hic maneo, ibi in sede reclinabo,
luceo dum, in labor cinere...

Tú, permanente luz oscurecida, cierta y certera
extiendes dúctil, breve te restringes;
aquí o allá hallas lugar predilecto,
decides vida, o turbia muerte y su descanso.

menos perceptible prosaísmo temático rayano a veces, como ha apuntado Luis Antonio de Villena, en una especie de «realismo sucio». A menudo, en efecto, los poemas de Aumente son poemas con argumento o cuando menos, con desenlace, y ese desenlace es, a menudo también, el resultante de un fuerte e inesperado contraste entre dos polos, como los que representan aquí, fruto de un total desajuste entre la situación anhelada y la cruda realidad, el hermoso y joven soñador por un lado y el hispido y casposo poeta por otro... La narratividad de los poemas de Aumente recuerda también la de algunos poemas de Cernuda: sólo la segmentación versal y la disposición tipográfica parecen distinguirlos, a simple vista, de lo que podría ser un relato o una digresión, como en el poema «La historia se repite en la familia», en que el poeta evoca cómo, ya viuda y con cuatro hijos, su abuela se fugó con un joven, y que leído en voz alta, tiene más de cuento o de diario íntimo que de poema:

De cierta edad, bien cierta a toda prueba
según consta en el Archivo de mi natal ciudad,
mi cuarta abuela, viuda y respetada,
con hijos y familia, bienes y preeminencias,
fingiéndose ser llevada por el río en el estival baño
huyó a caballo a Francia con un joven
—lo que se supo tiempo después de su pregonada muerte—.

Pasados unos años volvió como si tal,
viviendo otra vez feliz con los suyos
como si nada, ni nunca, hubiera sucedido...

Ahora, yo, su cuarto nieto, con cierta edad bien cierta por desdicha,
me encuentro como ella debió encontrarse en tesitura semejante...

Después de tres lustros sin escribir, Julio Aumente vuelve, pues, a la poesía en 1983 con *La antesala*, que como ya he dicho representa un hito en su trayectoria poética: vendrán después *Verde laurel para Michele* (1984), *De las cabras (o Amor y Psiqui)* (1992), *El canto de las arpias* (1993), *Rodolfo el patinador, o el ocaso de los dioses* (1995), *Las criaturas de la noche* (1999) y *Rollers* (2004). Sin renunciar al esteticismo de sus primeros libros, el universo poético de Aumente va haciéndose más áspero e irá poblándose de patinadores, camellos, quinquis, carrozas, lover-boys, moteros, aficionados al *bakalao*, criaturas de la noche, frotteurs de metro y autobús, mariquitas y maricones, pitufas y picoletos, maderos y chorizos, troncos y troncolitas, putas y sobre todo putos. Por ahí desfilarán, en admirable y frenética galería, subidos a una vespino o calzando un par de rollers, Sergio, Alex, Vani, Rudy, David o Nuno; por ahí desfilarán Dani «doncel de aire exquisito» (p. 445), Pondo «de belleza inaccesible» (p. 432), Gianni «de belfo ardiente» (p. 340) o Michele «de abierta sonrisa» (p. 244), y también Maikel «putón verbenero» (p. 442), el Pelos de Leganés, «ambiguo como travelo» (p. 315), Rodolfo «marcando culo y paquete» (p. 374), Rodolfo «con su boca de only you» (p. 377), Rodolfo «amoroso y moroso» (p. 375), Carlos «de sonrisa, Carlos exquisito, / Carlos que se toca narcisista el pito» (p. 327), o Javi «del Islam joya / con sus veintiséis centímetros de...» (p. 452), y otros muchos nombres más en interminable sucesión de apodos, iniciales, hipocorísticos y nombres propios, recordando así, como escribiera otro poeta, que si algo debe tener la poesía son precisiones onomásticas y si algo debe ser la poesía es «Poesía con nombres».

En la tiniebla, en la oquedad de las cuencas vacías,
brillan opacos, frío palor, los rubies.

En el centro de su poesía, pues, el cuerpo masculino: cuerpo idolatrado, cuerpo sublimado, cuerpo tantas veces estrechado y desechado, perdido y encontrado, cuerpo ausente y redivivo, oferente o prohibido, el cuerpo masculino en todo su esplendor pero también en su más cruda y prosaica realidad: así cuando, entregado al sueño o rindiéndose al amor, el desnudo cuerpo del amado se ofrece cual manjar en regalado espectáculo a la contemplación del poeta, éste opta por dedicar sus versos no a la tersura de su piel, ni a la gracia de su gesto, sino, en un raptó de lirismo, a la cruel exhalación de sus pies. No en vano el poema se titula «Nullo amore sine odore»:

Y cuando te desvisto, o cuando te despierto
y el nácar de tu piel se queda al descubierto,
y entregas tu sonrisa —entre ingenua y Armenia—
dispuesta al sacrificio, tal lo fuera Ifigenia;

amor mío, no hay mayor dulzura que el tocarte,
besar tu limpia tez —y otras zonas aparte—;
los increíbles muslos —delicada tersura—
que me enervan en noche de feliz calentura...

Ni un sudor en tu axila, ni en tu rosal erguido;
únicamente el aire pagano de un dios ido,
cuando tus calcetines los quito con mis manos
y funguelan, levísimos, pinreles vallecanos...

Una vez más, el contraste, la voltereta, el inesperado toque antipoético, burlesco, prorrumpiendo tras espera sabiamente dosificada en el último cuarteto del poema, cerrándolo allí donde en otros poemas, al contrario, servirá no de desenlace sino de planteamiento, de punto de arranque a la escritura poética —y a la vez antipoética—, como ocurre en el poema titulado «Reflexiones» donde lo que contrasta es la elevación intelectual que parece anunciar el etéreo título, «Reflexiones», y su desarrollo, mucho menos elevado anatómicamente hablando, como dejan patente ya los primeros versos:

Todos los culos son iguales
—musitó el conde en un suspiro,
deseando autoconvencerse
de tal aserto insostenible—.

Los hay inertes, los hay sosos
(los repasaba mentalmente);
los hay densos, apretados,
que eléctricos alzan el deseo.

Culos prietos de colegial
bajo el vaquero, enfundados,
duros, vibrantes, enervados
en su macidez corporal.

Contraste también y precisión anatómica en «Flor de Gayumbo» (p. 428), espléndido soneto con estrambote, cuyo exótico fruto les dejo adivinar a ustedes, si bien descrito con todo lujo de detalles en ese otro poema del libro *De las cabras* en que el poeta, en un arranque taxinómico, se entrega a una pormenorizada tipología «De cauda eius» —según reza el título latino—, es decir, del rabo:

La loba tiene el suyo, el suyo la raposa,
la marmota, la ardilla, la comadreja odiosa;

el camello, la cabra, el perro y aun el gato.
Unos lo tienen mínimo; otros, hay para rato.

El rabricorto sufre por su escasez,
el pichilargo italo humilla al del inglés.
Lo que al enano sobra, al alto le hace falta.

No se encuentra tan fácil lo de Pondo Peralta
—competencia le hace Javi, el de Vill'alta—.

La poesía de Aumente es, no cabe duda, exaltación del cuerpo masculino, exaltación febril y volcánica sólo capaz de rivalizar, en misógino contrapunto, con el intenso desafecto por no decir la aversión que le profesa al cuerpo femenino, a menudo objeto de execración. Y es que el tormento del poeta tiene un nombre: se llama celos y, entre ellos, muy especialmente los que, teñidos de odio, le infunden las seguidoras, novias y amigas de sus venerados patinadores. Y aquí el arsenal retórico desplegado por Aumente para referirse a las que llama —cito literalmente— «enana[s] odiosa[s] que come[n] y babosea[n] [el] cuerpo» de los atletas (p. 434) es propiamente prodigioso. Desazonado por la desaparición desde hace varios días de su adorado y musculoso Carlos, el poeta especula: «Acaso te has ido para estudiar física, / o fugado a Francia con alguna tísica» (p. 326); y en otro soneto se refiere a la *fans* de los patinadores llamándolas «Enanas disfrazadas de Dianas / pegadas al efebo, siempre al lado. / Dispuestas a comerlo...» (p. 429). Pocos son los poemas que se inspiran en el cuerpo femenino y cuando en su libro *Rollers* Julio Aumente decide dedicarle un poema entero a una mujer, el titulado «Natalia», lo hace asaetando inmediatamente a la pobre Natalia con un subtítulo sobrecogedor: «200 kilos». Despiadadamente satírico es también ese otro poema inocentemente titulado «La chavalita», que reza así:

De cuello corto y craso la chavalita es gorda,
ordinaria y grosera —puede que sea de Córdoba—.
La chavalita es bizca, de ojos exoftalmos,
estúpida y creída y no mide dos palmos...

Yo no sé qué le ve Gianni a la chavalita
que con ella me alterna, y ello bien me irrita.
Me gustaría vaciarle las cuencas con mis manos
y en sus huecos oscuros implantarle gusanos...

.....
Menuda hija de puta que es la chavalita,
que a mi Gianni lo absorbe y mi ración me quita

Pero si de alguien sabe reírse Aumente es de sí mismo: reducido a ejercer de sátiro en autobuses abarrotados y metros atestados, el poeta no sólo celebra sus victorias, sino también, cual depredador declinante, los embates malogrados y los asaltos que no ha querido coronar el éxito: «con los colmillos afilados [...] acecha el poeta», escribe Aumente en *Las criaturas de la noche* (p. 395), mas si de algo anda sobrado este conde Drácula de capa caída, convertido aquí —por mor de su orientación sexual— en conde Dráculo⁵, es de humor y auto-irrisión: «En tu carne yo hundí colmillo y diente / —si bien postizos—» (p. 410), reza implacable otro poema «vampírico» y «draculiano» (neologismo este que ha de leerse no como simple derivado de *drácula* sino en mi opinión también como la suma de *culi* y *ano*).

⁵ Como así sugiere la forma apocopada que emplea Aumente en otro poema: «Algo pariente soy del pobre tío Dracul / que no mordió una rosca allí en su Transilvania» (p. 325).

Pero seguir desgranando así imágenes atrevidas o procaces, golpes de humor y ocurrencias poéticas más o menos espectaculares sería dar una imagen falsa de la obra de Julio Aumente y reducirla a su vertiente más anecdótica. Para empezar el universo de Aumente dista mucho de ser siempre tan festivo; los títulos de algunos de sus poemas lo dicen todo y lo dicen bien claro: «La hermosura entristece», «Abrázame aunque sea mentira», «La juventud no vuelve y pasa», como igualmente explícitos son los versos de sus poemas más graves: «Para que alguien pueda sonreír ha de ir muriendo» (p. 282) o «Mayor es la tristeza cuanto mayor la dicha» (p. 53). Consumados o no, los amores del poeta no dejan de ser amores imposibles. Más aún: son, como escribe el propio Aumente en uno de sus poemas, «imposibles / amores imposibles» (p. 261). Por más que lo venere y por más que lo idolatre, el culto que le rinde al cuerpo masculino no le resta lucidez: el joven es un dios, sí, pero, como claramente dice en otro poema, «un dios de carne» (p. 389) y sólo de carne. Así resulta difícil, por ejemplo, leer el verso «los que gustamos de esta carne suntuosa», sin oír al mismo tiempo que *gustamos de esta carne*, y como saliendo de un lienzo de Valdés Leal, **gusanos de esta carne*. Mariposa de un día, la juventud lo tiene todo y no tiene nada: «sólo sus cuerpos jóvenes y una mente confusa», reza el alejandrino del poema «Oisive jeunesse». Y así es, pues nunca poeta que exaltó de ese modo el cuerpo habló tanto en su poesía de la mente; de hecho, es ésta una de las palabras más recurrentes de su poesía: *loca mente, mente loca, mente borrosa, mente confusa, mente llena, mente privilegiada, mente celosa, mente calma, mente fluyente, mente inestable*. Dice Pablo García Baena que «se ha querido ver en Julio [Aumente] un poeta triste» y que «su tristeza es la de su inteligencia⁶»: lo cierto es que el amor como la poesía es un juego cerebral, unas veces racional, las más veces demencial. En la poesía de Aumente el amante es el que ama y también el *a-mente*, es decir: el que ha perdido la mente.

Asimismo, los atrevimientos del artista, su infinita libertad tanto ética como estética, su gusto por la marginalidad o por la provocación tampoco deben ocultar al gran arquitecto de versos que fue Julio Aumente, cuyo magistral dominio del verso endecasílabo, del alejandrino blanco, del eneasílabo o de la estrofa sutilmente anisométrica puede admirarse a lo largo toda su trayectoria poética. Reducir su obra a la moderna parafernalia de que parece nutrirse su última poesía, a la osadía de sus chanzas o a lo que el mismo Pablo García Baena llama el «desdén hacia una burguesía agusanada y condenatoria⁷», sería pasar por alto, entre otras cosas, el virtuosismo métrico y la pericia versificadora de Julio Aumente, entre cuyas proezas técnicas cabe consignar la rima peregrina, como la que se atreve a establecer entre el sustantivo *ingles* —nombre castizo a falta de ser casto— y el sustantivo anglosajón *singles* (p. 456) —así pronunciado para que rime— o, no menos rípidamente, entre *su urgente ley* y *mi vivencia gay* (p. 418) o la sinalefa salvaje, como la que practica en uno de sus octosílabos obligándole al lector a hacer la hazaña articuladora de leer nada menos que las tres primeras sílabas de *No he hallado* de un solo golpe de voz (**Noheha-lla-do*) o la que obliga a desplazar el acento de la palabra *Esternocleidomastoideo* para reducir a ocho las nueve sílabas de que consta (**Es-ter-no-clei-do-mas-tói-deo*), artificios todos ellos *contra natura*, pero en la pluma de Aumente sorprendentemente naturales. Del mismo virtuosismo hace gala Aumente —fonetista avezado, etimólogo erudito y finalmente sutil destripador de significantes— cuando se trata de ensartar las palabras que fraguan sus versos: «Tu *cara* busco entre las *caras caras*» escribe el poeta, puesto que todo ha de tener un precio (p. 378), «En *Ostende* [...] *ostenté* / solitario [...] *ostensorio*» escribe jugando con el nombre de la ciudad flamenca (p. 411), «La

⁶ «Felizmente versátil», *Los libros, los poetas, las celebraciones*, el olvido, Madrid, Huerga y Fierro, 1995, p. 103.

⁷ *Ibid.*, p. 105.

madera es materia para [...] matar» puede leerse en otro poema (p. 513) y del mismo modo que Rodolfo es un golfo, «*Pondo es un pendón*» (p. 448) y un «*pozo sin fondo*» (p. 451, 458).

Queda por abordar, antes de concluir, la cuestión crucial, en el marco de este coloquio, de la escritura del cuerpo masculino visto, contado y versificado por otro hombre. Referida a la creación literaria la noción de homoerotismo que en los estudios actuales parece haber desbancado completamente a la de homosexualidad, no es menos compleja que ésta ni más consensual. Todo depende —como siempre en estos casos— de lo que se le quiera hacer significar a la palabra y si por poesía homosexual se entiende poesía hecha por homosexuales o poesía dirigida a homosexuales o poesía de temática homosexual, tres cosas completamente distintas que ni tienen por qué coincidir ni excluyen otras muchas posibilidades, desde la escritura de género apócrifo hasta todo tipo de travestimientos polifónicos de la voz enunciativa. Como no me consta que existan procedimientos de escritura propiamente homosexuales, ni siquiera simplemente sexuales, todo lo más me atreveré a arriesgar aquí la hipótesis, que se me podrá rebatir con facilidad, de que en la llamada escritura homoerótica existe, tal vez más que en la otra —la *hétero*—, un cuestionamiento de la identidad y aun esto —pienso— sería cuestionable, pues tampoco es éste monopolio de la literatura homosexual. Por mi parte prefiero tomar partido por el significante y dar prevalencia a lo que hace la escritura frente a lo que dice, escudándome en la frase de César Vallejo: «Dime cómo escribes y te diré lo que escribes», convencido como estoy de que la poesía de Aumente está dictada por el «cómo» e incluso, a vueltas con el conflicto identitario, por el «quién», pero en su acepción más estrecha y restringida, esto es por «Julio Aumente», al pie de la letra, y me estoy refiriendo aquí no al poeta sino al significante onomástico. No de otro modo se explica el acendrado trabajo de objetivación a que la escritura somete al yo poético, trabajo que patentizan los numerosos versos en que el escritor se nombra a sí mismo, en tercera persona, con nombre y apellido:

Julio Aumente tomaba su copa, la batía
.....
Julio Aumente miraba recordando las cosas
.....
Julio Aumente llegaba a su última aventura
.....
Julio Aumente bajó dulcemente al infierno (p. 131)

Tal lo pensaba *Julio Aumente*
camino para Barcelona (p. 137)

Julio, para los íntimos, era persona de canosa testa,
larga y atormentada vida (p. 338)

[...] jura *Julio Aumente*,
[...] allí estaré contigo (p. 384)

Baja al patio sombrío [...]
Suleimán Van *Aumente*, pensativo... (p. 392)

Desprecia a los *Aumentes* (p. 511)

Y quien sepa escuchar el dulce lamento de Aumente, podrá seguir rastreando el nombre del poeta y oírlo, cual anagrama engastado en verso saturnio, zafado en versos como:

...los dos **AUsENTE**s [...]
Con la **MENTE** te nombro y **AUN** con los labios,

aNTE lA HUmillación... (p. 302)

delicioso lover-boy
hallado [...]
en la noche caliENTE de JULIO... (p. 333)

languidezco por tus AUsENcias
.....
cuando la MENTE ha enloquecido (p. 444)

sutiles ArgUMENTos, silogismos
.....
su MENTE fluye, espiritual delirio (p. 461)

Puede que sea incurrir en delito de sobreinterpretación onomástica recordar que Julio Aumente desapareció un día del mes que lleva su nombre. Lo que no me parece azaroso, a la vista de versos como «nombres *ausentes*, *amantes* olvidados» (p. 238) o «Velad por mí *amantes*, ya en otro mundo *ausentes*» (p. 439), es la exploración diagramática a que consciente o inconscientemente parece entregarse el poeta de su propio nombre, mientras llora desconsoladamente la pérdida del amante que se llevó la muerte o que se llevó el olvido, del amante que nunca alcanzó a tener o que acabó desaparecido. La poesía de Aumente es la poesía del amante que está ausente. Y *Aumente* son las vocales de *ausente* con las consonantes de *amante*. No cuestiono, como defienden unos, la tesis de una identidad homosexual, ni discuto, como afirman otros, la existencia de una parrilla de análisis o de un modelo interpretativo común para la relación entre hombres desde la antigüedad hasta nuestros días. Tampoco ignoro los logros teóricos de la emergente crítica *queer*; como acertadamente escriben Anne Tomiche y Pierre Zoberman refiriéndose a los trabajos de la americana Eve Sedgwick:

...les implications du désir homosocial, dans ses liens avec la misogynie, l'homophobie ou l'homosexualité [...] fonde [...] la division asymétrique des rôles des genres sexués, masculin et féminin. [...] L'apparente symétrie de l'opposition homo-/hétérosexualité est un leurre [...] : le premier terme, dans la culture contemporaine, est le terme marqué et [...] il fonde à la fois une violence sociale ouverte ou subtile et la définition même de l'hétérosexualité. La critique du canon impliquée par ces analyses prend une double forme, celle de la constitution d'un canon alternatif « minorisant », et celle d'une lecture dissidente du canon transmis par la culture dominante – hétérosexiste, homophobe⁸.

Pero la búsqueda identitaria a que se entrega en su escritura el genealogista Julio Aumente cobra visos de pesquisa onomástica : «a ti te invoco, signo de mi familia, sálvame» (p. 459) escribe Aumente en uno de sus poemas no sin evocar en otro sus «dotes de investigación» genealógica (p. 357), una investigación acaso suscitada por el espejismo de un nombre, su propio nombre, que más que un nombre propio parece un verbo en subjuntivo o en optativo —como reza el lema en esmaltes del escudo de armas del poeta: «Aumente yo mis victorias⁹»—, pero que bien mirado podría ser un participio de presente, aunque tenga todos los visos de un adverbio¹⁰, sin dejar de parecer un sustantivo, el sustantivo *mente*, pero con

⁸ *Littérature et identités sexuelles*, Paris, Société Française de Littérature Générale et Comparée, 2007, p. 172-173.

⁹ Dato consignado por Pablo García Baena, *Art. cit.*,

¹⁰ Si un rasgo lingüístico atrae la atención del lector es la copiosa utilización no sólo del sustantivo *mente* sino también la de adverbios en *-mente* y, de forma más general, de voces acabadas en *-ente* como *displicente*, *durmiente*, *preferente*, *absorbente*, *ausente*, *caliente*, *huyente*, *fulgente*, etc.

Federico Bravo, « *Amantes, amantes...: Leyendo la poesía de Julio Aumente* », *Littéralité 6. Écritures du corps masculin : poésie espagnole contemporaine*, Presses Universitaire de Bordeaux, 2008, p. 221-232.

aumento silábico: *Aumente*, palabra versátil donde las haya, firma y sello del poeta y, al mismo tiempo, cifra y compendio de su poesía.

Federico BRAVO
Université Michel de Montaigne-Bordeaux III